

Franz Anton Mesmer  
**MAGNETISMO ANIMAL**

precedido por

Isabelle Stengers  
**EL MÉDICO Y EL CHARLATÁN**

Traducción de Pablo Ires

Editorial **Cactus**  
Perenne



*La verdad es solo una línea trazada entre los errores.*

Franz Anton Mesmer

Franz Anton Mesmer  
**MAGNETISMO ANIMAL**

precedido por

Isabelle Stengers  
**EL MÉDICO Y EL CHARLATÁN**

Mesmer, Franz Anton  
Magnetismo animal: el médico y el charlatán / Franz Anton Mesmer; Prefacio de Isabelle Stengers.  
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Cactus, 2023  
128 p.; 20 x 14 cm - (Perenne)

Traducción de: Pablo Ariel Ires  
ISBN 978-987-3831-80-5

1. Filosofía de la Ciencia 2. Epistemología 3. Historia de la Ciencia I. Stengers, Isabelle, pref. II.  
Ires, Pablo Ariel, trad. III. Título.  
CDD 100

Título original: *Mémoire sur la découverte du magnétisme animal* (1779)  
*Memoire de F. A. Mesmer, docteur en médecine, sur ses découvertes* (1799)  
Autor: Franz Anton Mesmer

Título original de la presentación: “Le médecin et le charlatan”, en Stengers Isabelle,  
Nathan Tobie, *Médecins et sorciers*, Editions la Découverte, París, 2012

© de la presentación: Editions la Découverte, París, 2012  
© de esta edición: Editorial Cactus, Buenos Aires, 2023

*Traducción:* Pablo Ires  
*Tapa:* estampa *Le doigt magique ou le magnétisme animal - Simius semper simius*,  
1784 (fragmento)  
*Impresión:* Talleres Gráficos Elías Porter y Cía. SRL

ISBN: 978-987-3831-80-5

IMPRESO EN ARGENTINA | PRINTED IN ARGENTINA

info@editorialcactus.com.ar  
www.editorialcactus.com.ar

# Índice

Presentación	
<b>El médico y el charlatán</b> (por Isabelle Stengers).....	<b>7</b>
<b>Informe sobre el descubrimiento del magnetismo animal</b> (1779).....	<b>49</b>
<b>Informe de F. A. Mesmer sobre sus descubrimientos</b> (1799).....	<b>85</b>



# El médico y el charlatán

por Isabelle Stengers

## Curarse por malas razones

Todos lo sabemos, estamos convencidos de que nuestra medicina es muy diferente de la que practicaban los médicos de Molière o de Luis XIV. De una manera o de otra, se ha vuelto “moderna”, a la manera del conjunto de nuestros saberes y nuestras prácticas que se pretenden racionales. Esa es la evidencia, pero quisiera interrogar dicha evidencia. No para denunciarla y mostrar que, más allá de las apariencias, nada cambió, sino con el fin de captar de un modo un poco más preciso “lo que” cambió. Y para ser todavía más precisa, “lo que” cambió para el médico, para el que practica la medicina.

El conjunto de los saberes que hoy se acumulan a propósito de los organismos vivientes, el conjunto de las técnicas de análisis bioquímico y metabólico, de los medios de visualización y puesta en imagen no estarán ausentes de la escena, pero no ocuparán la posición central relegando a la medicina al rol de correa de transmisión entre un paciente individual y un saber biológico

general. Tampoco ocuparán la posición central el conjunto de las instituciones, industrias, regulaciones administrativas, modos de financiamiento que no obstante contribuyen a modelar las prácticas médicas. En resumen, no se trata de hablar de la medicina en general, con sus problemas, sus inercias, sus ambiciones, sus círculos más o menos viciosos o sus derivas más o menos incontrolables. Mi pregunta tampoco tiene nada de sociológica. No me interesa saber “quién” es el médico, sino “qué” significa ser médico desde que nuestra medicina es moderna: tratar con un “cuerpo que sufre”, y tratar con él en el marco de una práctica que se pretende racional. En suma: ¿qué significa, para el médico, el hecho de depender de una práctica racional?

Se plantea un primer problema. Desde que existe eso que llamamos las ciencias modernas, cada saber, cada práctica que se pretende racional, debe situarse en relación con esa referencia. Ahora bien, en el espectro de las estrategias retóricas y/o prácticas desplegadas a ese efecto, la medicina representa un caso bastante particular, y eso al menos por tres razones.

Por una parte, se trata de una práctica que podemos llamar inmemorial: en todas las civilizaciones, en todos los grupos humanos, en todas las culturas, existen y existieron sanadores designados como tales, y saberes terapéuticos transmitidos de generación en generación.

Por otra parte, la voluntad de definir la medicina como práctica racional es, desde el punto de vista histórico, bastante independiente de la producción de prácticas que, por nuestra parte, juzgaríamos como racionales en el sentido de que mejoran de manera sistemática las posibilidades de cura de un enfermo. En otros términos, no hay “Galileo” de la medicina, quien cree al mismo tiempo un discurso, una práctica y una diferenciación con el pasado que nos obligarían a reconocer que, de una manera u otra, “comienza la historia de la medicina moderna”. Por supuesto, uno puede estar tentado de poner a Pasteur o a Koch en ese rol, pero intervienen muy tarde,

en una época en la que cada quien piensa que la medicina se volvió moderna de allí en adelante.

Por último, la medicina como profesión, autorizada por un diploma, fruto de una enseñanza organizada por los propios médicos, antecede en mucho a la aparición de las ciencias modernas. En Europa, la medicina se enseñaba en la universidad medieval, y ya en esa época había emprendido una lucha, que continúa hasta hoy, de los médicos diplomados contra los “sanadores” heterodoxos o tradicionales. Desde este punto de vista, que es el de la reglamentación del derecho de curar, la historia de la medicina occidental muestra una gran continuidad. ¿En qué momento se pasa de un derecho corporativo –que designa a la medicina como profesión que defiende su monopolio– a un derecho que podría efectivamente, es decir, para nosotros, presumir de racionalidad, un derecho que podría invocar una “verdadera” diferencia entre las prácticas de los médicos y las de los charlatanes? Es tema de discusión caso por caso y, todavía hoy, la diferencia no siempre es muy clara. Sin embargo, quisiera construir mi abordaje de la medicina llamada moderna a partir de la cuestión del “charlatán”, y más precisamente a partir de la transformación del modo de denuncia del que es objeto el “charlatán” y de la transformación de su identidad.

Esta elección traduce ante todo el hecho de que, en medicina, el tema de la racionalidad tiene un acento polémico que no tiene en ninguna otra parte. Por supuesto que la química se diferenció de la alquimia, la astronomía de la astrología, la biología darwinista de la doctrina “fijista” de las especies, de un modo polémico. Pero en todos esos casos la polémica forma parte del relato de los orígenes o de la pedagogía instructiva. El astrólogo no obsesiona al astrónomo, que no experimenta ningún temor de que lo confundan con ese “otro” con quien generalmente, además, nunca se ha encontrado. Ningún procedimiento propio del oficio de astrónomo apunta a establecer la diferencia con el saber de los astrólogos. La polémica es emblemática, pero no crea obligación ni problema. En el caso de

la medicina, en cambio –y piénsese aquí en las medicinas llamadas “alternativas”–, la referencia al charlatán sigue siendo central, se la recuerdan y se la vuelven a explicar incesantemente al público, a la prensa, a los poderes públicos, y organiza también de manera implícita, lo veremos, la investigación médica y farmacéutica.

Esta elección traduce también la posibilidad divertida de señalar una “escena inaugural”, es decir, un momento preciso y a la vez un episodio de múltiples facetas donde están explícitamente reunidas, identificadas y exhibidas las apuestas y los dilemas en los cuales propongo reconocer la medicina moderna.

Esa escena se sitúa en París en 1784. Se designan dos comisiones para investigar las prácticas del médico vienés Franz Anton Mesmer, y sobre todo para someter a prueba las pretensiones que fundan esas prácticas. Según Mesmer, la tina en torno a la cual se reúnen sus pacientes concentraría un fluido magnético que, mediante las crisis que suscita, tendría el poder de ocasionar las curas que le han dado su fama. Sabemos que el fluido mesmeriano no forma parte del arsenal terapéutico moderno, y que por lo tanto no resistió la investigación. Sin embargo, hay que subrayar que en ese tiempo el “magnetismo animal” de Mesmer era sin lugar a dudas candidato a fundar una medicina finalmente científica. La referencia a un fluido desconocido, al que solo serían sensibles los seres vivos, no lo descalificaba *a priori*. Es invisible, de acuerdo, ¿pero no sucede lo mismo con la atracción newtoniana, cuya existencia fue reconocida a partir de sus efectos? En este sentido, la tina de Mesmer podría haber sido reconocida como un dispositivo a la vez terapéutico y demostrativo, dado que su poder curativo constituiría al mismo tiempo la demostración de la existencia del fluido que explica sus efectos.

Podría haber sido reconocida... si el dispositivo de Mesmer hubiera resistido a su “puesta en controversia”. Con el doctor Léon Chertok, estudié en detalle el procedimiento de la comisión nombrada por el rey Luis XVI, a la que pertenecían los grandes

científicos de la época, como Lavoisier y Benjamin Franklin<sup>1</sup>. Alcanza con decir que, tras haber intentado sin demasiado éxito “depurar” los fenómenos que sucedían alrededor de la tina del magnetizador Deslon (Mesmer les había cerrado la puerta a los investigadores), tras haberse sometido ellos mismos al “fluido”, después de haber sometido a algunos pobres, después a personas de alta sociedad, todo eso sin poder zanjar la cuestión, la comisión inventó un método de investigación mucho más activo. Pidió a un magnetizador cómplice que magnetice a un “sujeto dotado” sin avisarle, que simule magnetizar a otro sujeto, o incluso que magnetice un lugar del cuerpo de un sujeto que tiene los ojos vendados anunciándole que le magnetizaba otro. La comisión pudo entonces concluir que “el fluido sin la imaginación es impotente, mientras que la imaginación sin el fluido puede producir los efectos que se le atribuyen al fluido”. En resumen, hasta donde sus efectos demostraban su existencia, el fluido no existía.

Esta escena va a acompañarnos y el primer elemento que extraería de ella es la nueva definición de “charlatán” que conlleva. Con el fin de explicar las curas que a pesar de todo se producían sin lugar a dudas en torno a la tina de Mesmer, la comisión “interdisciplinaria” observó: “Se ven hombres, atacados según parece por la misma enfermedad, que fueron curados siguiendo regímenes contrarios y adoptando regímenes completamente diferentes; la Naturaleza es por lo tanto lo suficientemente potente como para mantener la vida a pesar del régimen equivocado, y para triunfar a la vez sobre el mal y el remedio. Si ella tiene ese poder de resistir a los remedios, con mayor razón tiene el poder de operar sin ellos”. En cuanto a la segunda comisión, compuesta únicamente por médicos, fue más allá: “La esperanza que concibieron los pacientes, el ejercicio al cual se entregaron todos los días, la interrupción de los remedios

<sup>1</sup> Léon Chertok e Isabelle Stengers, *Le Coeur et la Raison*, París, Payot, 1989.

de los que podían abusar anteriormente y cuya cantidad es tan a menudo perjudicial en este caso, son causas repetidas y suficientes de los resultados que se dice haber observado en circunstancias semejantes”.

En otros términos, *la cura no prueba nada*. Propongo definir la medicina en el sentido moderno, por oposición a las terapias tradicionales o a la medicina medieval, no por una doctrina o por prácticas, que están en mutaciones continuas, sino por la conciencia de ese hecho. Posee un correlato: el objetivo perseguido por la medicina (curar) no basta para hacer la diferencia entre práctica racional y práctica de charlatán. El imperativo de racionalidad y la denuncia del charlatán se vuelven en este sentido solidarias: el charlatán es definido de ahora en más como aquel que reivindica sus curas como pruebas.

Esta definición del “charlatán” lo convierte en un protagonista que es él mismo moderno. Al utilizar la cura para demostrar, se remite a un modelo de verdad científica, y no a una tradición que implica una “sobrenaturalidad” que, por su parte, no se dejaría poner en escena y a prueba, a merced de la curiosidad y las exigencias de los hombres. El fluido sucumbió al contraexamen crítico de los comisionados precisamente porque se presentó como un referente “moderno”, bajo el modelo de la fuerza newtoniana, como una “causa” capaz de imponer su propia existencia a partir del examen de sus efectos. En otros términos, no solamente la definición que propongo del charlatán no conlleva un juicio de valor, ya que su única apuesta es definir aquello contra lo cual se inventa la medicina moderna, sino que su alcance es estrictamente limitado. Quien cae bajo los golpes de la crítica de las comisiones de 1784 es Mesmer, y no los exorcistas cuya práctica Mesmer creía haber “laicizado”, “racionalizado”. El diablo se hubiera reído del astuto montaje de los comisionados.

Los comisionados invocan tres tipos de causas para explicar las curas atribuidas al fluido magnético de Mesmer: la potencia

curativa de la Naturaleza de la que dan testimonio las curas espontáneas de las que es capaz el cuerpo viviente; la confianza de los pacientes en el tratamiento de Mesmer; la interrupción de otros remedios en sí mismos perjudiciales. No hablaré de esta tercera explicación, que los progresos de la medicina tal vez contribuyen a reducir de manera progresiva. En cambio, las otras dos no han perdido nada de su actualidad, sino todo lo contrario. De hecho, los protocolos que deciden sobre la promoción de un compuesto químico a medicamento ponen en escena sistemáticamente hoy en día, bajo la denominación de “efecto placebo”, el poder curativo de la confianza, de la esperanza, de la “fe que salva”<sup>2</sup>. La medicina moderna, científica, reconoce entonces de manera oficial las virtudes de la “fe que salva”, pero las reconoce de un modo negativo, a la manera de un efecto parásito que, si no es tomado en cuenta, puede obstaculizar su progreso.

Aquí ya se puede comprender por qué, a diferencia de la astrología, la alquimia o la doctrina creacionista de las especies, lo “otro” de la medicina, el charlatán, no pudo descalificarse de una vez y para siempre. Sucede que el charlatán no solamente se aprovecha de la credulidad y la ignorancia. Desde el punto de vista de la medicina moderna, es el correlato exacto del “efecto placebo” que parasita la relación entre una sustancia y sus efectos curativos. Del mismo modo que la contribución clandestina del segundo debe ser identificada en cada ocasión, para cada nuevo producto, el primero debe ser descalificado en cada ocasión, para cada nuevo remedio al que le atribuye el poder de curar. Lo cual permite comprender, al mismo tiempo, el uso singular del término “irracionalidad” en medicina. En muchos textos escritos por médicos, ese término no solamente es utilizado para condenar a los charlatanes que utilizan algunas curas como prueba de la eficacia de algún polvito mágico,

<sup>2</sup> Ver Philippe Pignarre, *Le Grand Secret de l'industrie pharmaceutique*, París, La Découverte, 2004.

sino también para condenar al público que se deja arrastrar a la creencia en dicha eficacia. Se habla incluso de irracionalidad a propósito de esas curas que son ellas mismas inexplicables, como si al dar testimonio de la confianza irracional del paciente, tradujeran el hecho de que este obstaculiza el progreso racional de la medicina.

Es, claro está, un uso extraño de la noción de irracionalidad. *A priori*, solo podrían ser llamados “irracionales” los razonamientos o decisiones que afirman que se inscriben en el marco de un procedimiento racional determinado y que ignoran o contradicen las imposiciones de dicho procedimiento. Pero ni el paciente, ni *a fortiori* el mal que sufre, han tomado el compromiso de someterse a las imposiciones de un procedimiento determinado. Me parece que no hay que comprender este uso solamente en términos de una propaganda que apunta a alejar al público de las medicinas alternativas o de otras prácticas no homologadas, sino también en términos más afectivos. Expresa entonces una verdadera decepción respecto de ese cuerpo sufriente que recompensa poco y mal, de manera siempre marginal, los esfuerzos de racionalidad que se hacen para él, de ese cuerpo que se hace cómplice de los charlatanes.

Mientras que otras prácticas modernas refieren sus orígenes a un triunfo, al relato maravilloso de la invención de las preguntas e interpretaciones que constituyeron su objeto como testigo finalmente confiable, capaz de hacer la diferencia entre el enunciado científico y la ficción, propongo, para la medicina moderna, un origen que se lee en términos de frustración: el cuerpo que sufre no es un testigo confiable. Es susceptible de curarse por “malas razones”.

Esta frustración despierta antiguos ecos, a los que pone en comunicación con decepciones más recientes. En “La farmacia de Platón”<sup>3</sup>, Jacques Derrida nos recordó la red de referencias mucho

<sup>3</sup> Jacques Derrida, “La pharmacie de Platon”, en *La Disémination*, París, Seuil, 1972 [edición castellana: Jacques Derrida, *La diseminación*, Fundamentos, Madrid, 2007].

más técnicas que metafóricas que se disponen alrededor del término *pharmakon*, veneno o remedio, una red que Derrida vincula a la cuestión de escritura, autorizado por la lectura de Platón. ¿Es la escritura un remedio para la memoria? Así se la presenta Thot, su inventor, al rey de los dioses, en *Fedro*. Pero este la descalifica como veneno. “Las cosas se rememorarán desde afuera, gracias a impresiones ajenas, no desde adentro y gracias a sí mismas. Por lo tanto no has descubierto un remedio para la memoria, sino para la rememoración”. Y ese remedio de la rememoración es un veneno para la memoria, para el alma que se volverá olvidadiza por falta de ejercicio. Lo que en homenaje al *pharmakon* ambiguo, cuyos efectos vacilan y se invierten entre remedio y veneno, llamaré la “Vía regia”, la vía pregonada por el rey de los dioses egipcios, supone una disyunción estable: la memoria viva, presente a sí misma, que opera desde “adentro”, contra la rememoración olvidadiza, que está relacionada con prótesis, con impresiones ajenas. Solamente el alma misma, subrayémoslo, tiene el poder de crear el contraste entre palabra viva y escritura, de diferenciar entre memoria y rememoración, y por lo tanto de descalificar el supuesto remedio como veneno. El rey se limita a convertirse en el testigo de lo que exige el alma en su verdad. La Vía regia no es la que decide el rey, sino que el rey mismo habla en nombre del alma.

Se puede leer a Freud como heredero del rey de los dioses cuando, descalificando el aparente poder curativo de lo que llama sugestión, hace del psicoanálisis aquello que exige el psiquismo humano en su verdad. El análisis no procede desde “afuera”, gracias a las prótesis sugestivas o a la capa de pintura aplicada desde el exterior (*per via di porre*). Sabe alcanzar, más allá de la superficie (*per via di levare*), sin introducir la mínima prótesis, el mínimo elemento nuevo, el sentido propio de los síntomas. Por eso se convierte en testigo del alma, creando una disyunción estable entre el procedimiento racional, fiel a lo que exige aquello a lo cual se dirige, y los *pharmaka* de efectos poco confiables, remedios-venenos que desconocen esa exigencia.

Desde luego que algunos pueden pensar, todavía hoy, que el psicoanálisis es esa “Vía regia” autorizada por lo que exige en verdad el psiquismo humano. No soy parte de ellos. Por eso la “escena” de 1784, en la cual la astucia de los comisionados descalificó el magnetismo animal, ese ancestro de la hipnosis cuyo uso precisamente criticaba Freud cuando hablaba de las viejas técnicas de sugestión que actúan *per via di porre*, inaugura para mí la cuestión que atraviesa el conjunto del “arte” moderno de curar. La imaginación, a la cual los comisionados le otorgarán el poder de explicar los efectos que Mesmer le atribuía al fluido, está tan presente a través del “efecto placebo” que acosa a la industria farmacéutica, como en la sospecha de sugestión que acosa a la escena analítica, tanto más temible en la medida en que estaría implícita. Está presente también en el corazón de la historia de la psiquiatría, donde las categorías semiológicas en cuyos términos la “mirada clínica” debía descifrar los trastornos mentales, se revelan como mixtos incontrolables, matriz común, histórica y cambiante, del psiquiatra y de su paciente. El cuerpo sufriente, el alma sufriente no tienen el poder de hacer la diferencia que supone la Vía regia: no son testigos confiables capaces de identificar al charlatán, el aspirante ilegítimo al poder de curar.

## **El poder de la experimentación**

Y sin embargo, se objetará, el fluido magnético de Mesmer no existe. El procedimiento de los comisionados extrajo definitivamente de los sujetos magnetizados esa confesión verídica. Del mismo modo, las pruebas placebo en doble ciego que se desarrollan todos los días, allí donde unas sustancias químicas son candidatas al título de medicamento, atribuyen ese título de manera verídica a las sustancias que triunfan, a las que probaron que estaban dotadas de un auténtico poder terapéutico. ¿No sería la experimentación, aquí